

Estudios Kierkegaardianos

REVISTA DE FILOSOFÍA

ISSN: 2448-5330



Número 5, Año 2019, México

Estudios
Kierkegaardianos
REVISTA DE FILOSOFÍA

CONSEJO EDITORIAL

Presidente SIEK: Luis Guerrero Martínez

Director General: Catalina Elena Dobre

Editor Responsable: Luis Guerrero Martínez

Editores Ejecutivos: Rafael García Pavón, Fernanda Rojas, Leticia Valadez

Secretario de Redacción: F. Nassim Bravo Jordán

Diseño de portada: César García Pavón

CONSEJO ASESOR

María José Binetti (CONICET, Buenos Aires, Argentina)

Andrew Burgess (University of New Mexico, E.U.A.)

Elisabete M. de Sousa (Universidade de Lisboa, Portugal)

Jan Evans (Baylor University, Waco, E.U.A.)

Stephen Evans (Baylor University, Waco, E.U.A.)

Miguel García Baró (Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, España)

José García Martín (Universidad de Granada, España)

Marcio Gimenez de Paula (Universidade Federal du Brasília, Brasil)

Ronald Green (Dartmouth College, Hanover, E.U.A.)

Alastair Hannay (Universitetet i Oslo, Noruega)

Gordon Marino (Hong Kierkegaard Library, St. Olaf College, Northfield, E.U.A.)

Benjamín Olivares Bøgeskov (University College Capital, Dinamarca)

Oscar Parcero Oubiña (Universidad de Santiago de Compostela, España)

George Pattison (University of Glasgow, Inglaterra)

Jorge Reyes (Universidad Nacional Autónoma de México)

Brian Soderquist (Københavns Universitet, Dinamarca)

Jon Stewart (Slovak Academy of Sciences)

Michael Strawser (University of Central Florida, Orlando, E.U.A.)

Francesc Torralba (Universitat Ramon Lull, Barcelona, España)

Elsa Torres Garza (Universidad Nacional Autónoma de México)

Estudios Kierkegaardianos

REVISTA DE FILOSOFÍA

Número 5, Año 2019, México



IF PRESS



ESTUDIOS KIERKEGAARDIANOS

© *Estudios Kierkegaardianos*. Revista de Filosofía.

ESTUDIOS KIERKEGAARDIANOS. REVISTA DE FILOSOFÍA Número 5, Año 2019, México, es una publicación anual editada por la SOCIEDAD IBEROAMERICANA DE ESTUDIOS KIERKEGAARDIANOS, A.C. Aldama no. 45, Int. 4, Santa María Tepepan, Xochimilco, Ciudad de México, C.P. 16020, Tel. (55) 56531695, <http://siek.mx/index.htm>, revista@siek.mx. Editor responsable: Luis Ignacio León Guerrero Martínez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2015-120215053800-102, ISSN: 2448-5330 ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Certificado de Licitud del Título y Contenido en “trámite”, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por IF Press srl, Piazza Vinci, 41 - I-00139 Roma (Italy), Tel./Fax (+39) 06 64492897, eMail: info@if-press.com | web: www.if-press.com Roma, Italia P.I. e C.F. 02488910601. Este número se terminó de imprimir el 30 de diciembre de 2019. Precio al público \$253 pesos mexicanos.

Las opiniones expresadas por los autores en los artículos y reseñas son de su exclusiva responsabilidad.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la SOCIEDAD IBEROAMERICANA DE ESTUDIOS KIERKEGAARDIANOS, A.C.

Terminado de imprimir en el mes de diciembre de 2019
por IF Press srl - Piazza Vinci, 41 - I-00139 Roma (Italy)
Tel./Fax (+39) 06 64492897 -
eMail: info@if-press.com | web: www.if-press.com

ISSN: 2448-5330
ISBN 978-88-6788-196-3

ÍNDICE

Presentación	
Catalina Elena Dobre	7

Textos y contextos

Introducción	
Leticia Valadez	11

<i>La “cristiandad” es un inmenso espejismo</i> (1849)	
Søren Kierkegaard	
(Traducción del danés: Leticia Valadez)	19

<i>¿Cómo introducir el cristianismo dentro de la cristiandad? Comunicación indirecta, seudónimos e ironía en Kierkegaard</i>	
Luis Guerrero M.	25

<i>Una lección de humildad o cómo dejar de ser cristiano para intentar serlo. Reflexiones kierkegaardianas</i>	
Ángel Enrique Garrido Maturano	43

<i>Deconstruir la cristiandad. A vueltas con Kierkegaard</i>	
Francesc Torralba	65

Perspectivas kierkegaardianas

<i>Inwardness in Augustine and Kierkegaard</i>	
George Pattison	75

<i>La ‘Philosophia Cordis’ en el pensamiento de Søren Kierkegaard</i>	
Catalina Elena Dobre	93

<i>‘Carta a los romanos’ de Karl Barth: sus antecedentes en el pensamiento de Kierkegaard y su influencia en la filosofía existencial del siglo XX</i>	
Marcio Gimenes de Paula	115

<i>La epistemología de la fe y la elección de la fe en San Agustín y Kierkegaard</i>	
Ernesto Gallardo León	133

Reseñas y nuevas publicaciones

<i>Hincapié Sánchez, Jennifer, De ironía y seducción. Ensayos sobre Kierkegaard</i>	
Oscar Barrera Sánchez	151

Nuevas publicaciones y reimpresiones	155
--	-----

LA *PHILOSOPHIA CORDIS*
EN EL PENSAMIENTO DE SØREN KIERKEGAARD

Catalina Elena Dobre
Universidad Anáhuac, México

Resumen

En la historia del pensamiento son varios los filósofos que, después de andar por los senderos de la racionalidad, decidieron abandonarlos, comprendiendo que la verdad se revela no bajo las categorías de la certeza, sino bajo la guía del corazón, de un sentir peculiar, que en los momentos más difíciles ayuda al hombre a encontrar el camino correcto para orientarse en su existencia. Entre estos filósofos se encuentra también Søren Kierkegaard quien, de la mano de sus predecesores como Pascal o San Agustín, logra rescatar la verdad del corazón. En estas páginas quiero argumentar cómo entendemos esta “*Philosophia Cordis*” en su pensamiento, idea que sólo se puede comprender en relación con el significado de la verdad, de la interioridad, del amor y de la fe.

Palabras clave: Cristiandad, cristianismo, sacrificio, lector, contemporáneo de Cristo.

Abstract

In the history of thought there are several philosophers who, after walking on the paths of rationality, decided to abandon them, understanding that the truth is revealed not under the categories of certainty, but under the guidance of the heart, of a peculiar feeling which, in the most difficult moments, helps the human being to find the right way to orient himself in his existence. Among these philosophers is also Søren Kierkegaard who, from the hand of his predecessors, as Pascal and Saint Augustine, manages to rescue the truth of the heart. In this article, my focus is to argue how we understand this “*Philosophia Cordis*” in his thought, an idea that can only be understood in relation to the meaning of the truth, of the inwardness, of love and faith.

Key words: heart, inwardness, truth, faith, love, God.

Recibido: 15 de junio de 2019; Aceptado: 20 de julio de 2019.

Estudios Kierkegaardianos. Revista de filosofía 5 (2019)

“El camino hacia el intelecto lo abre el corazón”
Friedrich Schiller

Introducción

En la historia de las ideas hay algunos pensadores que decidieron acercarse al conocimiento de la realidad pensando con el corazón, abriendo así toda una tradición de la *Philosophia Cordis*¹, para la cual el corazón no representa una oposición drástica al intelecto, así como tampoco se trata de una oposición entre “alma y espíritu”, sino que “es una estructura humana fundamental a través de la cual se capta el amor y la verdad; es el órgano que capta el valor del ser”².

Sin embargo, en las últimas décadas, la filosofía se alejó de este *latido esencial* que significa la vida, ocupándose más de modas que de la verdad, de tal manera que los filósofos, muy raras veces, tratan este concepto con seriedad. A una mirada atenta, se observa cómo los epígonos gnoseológicos se multiplican cada vez más, manifestando esta necedad de hablar en el lenguaje de los falsos eruditos. Estamos apostando demasiado por “la ciencia”, el “intelectualismo” y el “academicismo”, llegando hasta el extremo en el cual las posiciones intelectuales se vuelven ridículas³, y descuidamos que, mientras la filosofía se olvida de lo esencial, mientras se olvida de lo que es “eterno en el hombre”⁴, se volverá un instrumento manipulable en manos de las ciencias de todo tipo.

En otras palabras, para el espíritu filosófico, acostumbrado a pensar con categorías racionales, hay una mirada sospechosa en cuanto los pensadores que eligieron el camino complicado –pero a la vez tan propio de la filosofía– de buscar la verdad mediante el pensamiento vivo equivalente al *Verbo Cordis* (verbo interior de San Agustín), o mediante lo que Lev Shestov llamaba una “peregrinación por las almas humanas”.

¹ Representada en la historia del pensamiento desde San Pablo, San Buenaventura, Teresa de Ávila, San Agustín, San Francisco de Asís, entre muchos otros; continuados después por Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, Max Scheler, etcétera. Cfr. Romano Guardini, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, Buenos Aires: Emecé Editores, 1955, p. 158.

² *Ibíd.*, p. 160.

³ Cfr. Eric Voegelin, en *Order and History*, Vol. 3, “*Plato and Aristotle*”, Louisiana State University Press, 1957.

⁴ Expresión que pertenece a Max Scheler, siendo el título de uno de sus libros llamado *Lo eterno en el hombre*.

Cabe recordar que, siendo presente en las *Sagradas Escrituras*, en la literatura, el arte y la poesía, el corazón constituye la estructura clásica, medieval y romántica del pensamiento⁵. También en la filosofía tiene su lugar de tal manera que, dentro de la tradición de la *Philosophia Cordis*, cualquiera reconocerá la primacía de Pascal y de toda una tradición mística, sin olvidar a su predecesor, San Agustín quien animaba a un “retorno al corazón” porque, en el fondo, no hay otro sendero más que la vuelta al corazón, a este lugar “donde se saborea la verdad”⁶.

Con Pascal y San Agustín, la filosofía ha encontrado una vía elegida, en general, sólo por los “peregrinos” del pensamiento. No es una vía fácil; es un riesgo y una apuesta. Esta vía fue continuada, desde mi punto de vista, por los románticos, así como por Kierkegaard, por Nietzsche, por Lev Shestov; y después, por filósofos como Max Scheler o Von Hildebrand –entre otros–; todos ellos dándose cuenta de que lo lógico no agota la realidad. Son filósofos que han entendido que lo esencial no es “tener certezas”, y que el conocimiento racional fundamentado en aquellas *veritates aeternae* nos lleva a un tipo de rebeldía, como en el caso de Camus, por ejemplo⁷. La razón empieza a encontrarse con las paradojas de la existencia que no puede ni entender, ni solucionar y empieza a indignarse. Allí es donde entra el angustioso latido del corazón que nos empieza a guiar para buscar no la verdad racional, sino la verdad revelada.

De la mano de los “apologetas del cristianismo” Søren Kierkegaard, un verdadero *esprit’ de finesse*, continua, “en una luz nórdica singular”⁸, la labor de rescatar este andar por el camino del corazón para comprender la importancia de la verdad para la edificación humana y para el auténtico pensar. Lo que llama la atención es su capacidad de ir más allá de lo convencional, de romper esquemas y de devolver al cristianismo su autenticidad, enfatizando el hecho de que el ser humano necesita de libertad, de amor y de Dios, y no de leyes abstractas o de dogmas, sino de “la lógica del corazón” traducida en el lenguaje kierkegaardiano en la pasión y en la fe.

⁵ Cfr. Romano Guardini, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, p. 160.

⁶ San Agustín, *Confesiones*. Libro IV.12, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997, p. 119.

⁷ No es el caso desarrollar aquí el pensamiento de Camus, pero sin duda, Camus se puede entender en la línea de San Agustín, Pascal, Nietzsche o Kierkegaard, ya que muestra en su planteamiento esta lucha contra las evidencias, prefiriendo el absurdo ante la lógica de la razón.

⁸ Romano Guardini, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, p. 159.

A partir de esto, considero a Kierkegaard como parte de la tradición de los filósofos que pensaron la realidad desde el *verbo interior*, desde el *centro de la persona humana*, regresando la filosofía hacia lo que es fundamental: ayudar al ser humano a encontrar la “*verdad para la cual vivir o morir*” para así hacer la vida soportable.

En la historia de la filosofía identificamos con facilidad a Pascal como el filósofo de la “lógica del corazón”, como he mencionado. Su gran mérito fue, después de un camino de agonía, entender y reconocer que la razón no puede conocerlo todo, dado que conceptos como tiempo y espacio sólo pueden ser intuitivos con el corazón⁹. A Pascal lo salvó su agonía y su enfermedad. Y, en el año de gracia de 1654, en una noche de noviembre, noche de fuego, apuntaba con toda la fuerza concentrada en su pluma y con el sudor de su frente: “Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. No de los filósofos y los eruditos. Certeza, alegría, gozo, paz. Dios de Jesucristo. *Deum meum et Deum vestrum* (...)”¹⁰. Pascal tenía sólo 31 años de edad cuando vivió la experiencia única y mística de la revelación; una experiencia que cambió toda su vida, apuntada con temor y temblor en lo que se conoce como el *Mémorial*, escondido con cuidado en una hoja de papel cosida en su ropa.

Para recordar, Pascal era conocido en su tiempo como un matemático y físico; es decir, una mente euclidiana, dedicada a los principios últimos de la razón; un hombre entregado a las vanidades del mundo y al gozo de su fama. Pero, en un día, en un solo instante, todo cambió: Pascal se da cuenta que falta algo más, que el encanto seductor del mundo no era ya suficiente y, abrazado por una terrible angustia frente a los espacios infinitos y al silencio profundo del universo, empieza a escuchar los latidos de su corazón. No tiene otra salida más que comprender el ritmo intenso de estos latidos, para después apuntar en medio de la agonía: “Reconoce, pues, hombre soberbio, qué paradoja eres para ti mismo. Humíllate razón impotente; calla naturaleza imbécil. Aprende que el hombre supera infinitamente al hombre y escucha de tu maestro tu verdadera condición que ignoras. ¡Escucha a Dios!”¹¹.

Es el *instante* cuando Pascal entiende que la razón no es la instancia absoluta; que hay que olvidar las verdades eternas y abstractas, que hay un

⁹ “Porque el conocimiento de los primeros principios, como de que hay –espacio, tiempo, movimiento, número– es más firme que cualquiera que nuestros razonamientos pueden proporcionarnos. Y sobre estos conocimientos del corazón y del instinto debe apoyarse la razón”. Blaise Pascal, *Pensamientos*, Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1971, p. 168.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 57-58.

¹¹ *Ibíd.*, p. 156.

límite de la razón misma y que hay una infinidad de cosas que la superan; entiende que hay otra lógica, la del corazón, mediante la cual podemos entender y escuchar a Dios.

De nada sirven todos los cálculos matemáticos y todos los argumentos; para Pascal hay sólo una puerta que abre el camino hacia lo divino y es una vía diferente: la vía de la iluminación, este fuego que arde en nuestro corazón y se llama fe. Sólo así es posible para Pascal encontrar al Dios vivo, y al de los filósofos y los eruditos. ¿Quién no recuerda la famosa frase: “El corazón tiene sus razones, que la razón no conoce”¹²? A esta conclusión llega Pascal después de la vivencia de la “noche de fuego”, cuando su corazón se ha transformado en el lugar de la comunión entre el hombre y Dios; el lugar en el cual la razón enmudece y las palabras están obligadas a guardar silencio, para poder escuchar este latido fuerte que lo dice todo.

Desde entonces, como decía Lev Shestov, la humanidad ya no puede conciliar el sueño. Dios está vivo y presente, haciendo caer, con cada latido del corazón, todos los muros de las evidencias; haciendo enmudecer a todos los legisladores del pensamiento y el orden establecido de la razón, recordándonos que el camino hacia lo divino no se mide o se juzga, sino que es un esfuerzo continuo, un trabajo edificante y, a la vez, un salto hacia el vacío donde la razón está invitada a medir sus límites.

Muchas veces se comete el error de considerar esta categoría de Pascal como algo irracional, sin embargo, no se trata de una intuición irracional sino, como afirma Romano Guardini, de una valoración espiritual; es decir, el corazón representa la realidad central de la imagen pascaliana del hombre¹³.

Entonces el corazón, así como nos deja entender el filósofo francés, es el centro vital, es el órgano del amor y del conocimiento. Pascal no niega la razón, sino sostiene que esta razón tiene como raíz el corazón. Y esto tiene que aprender a entender la razón misma, ya que una razón que se aparta completamente de su fuente no puede llegar a la verdad. Por eso para Pascal en el corazón humano existe un tipo de intuición, de instinto que nos ayuda a conocer los principios racionales de la existencia. A esta intuición, inclusive Platón le llamó *Eros*, este amor que nos eleva para poder reconocer los valores.

Seducidos por el encanto de la razón, olvidamos que existen realidades que no se pueden penetrar mediante vivencias lógicas. Como diría también

¹² *Ibíd.*, p. 168.

¹³ Romano Guardini, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, p. 35.

Max Scheler: “hay en el corazón leyes inscritas (...). Existe un orden del corazón, una lógica del corazón, una matemática del corazón, tan rigurosa, tan objetiva, tan inquebrantable como las proposiciones y consecuencias de la lógica deductiva”¹⁴. Para Scheler, el núcleo fundamental de la ética misma (el *ethos*) es determinado por el movimiento del corazón, porque es el único movimiento interno que dirige a la persona para conocer los valores, el amor, la realidad misma de Dios sin la necesidad de la presencia lógica. Como decía también Dietrich Von Hildebrand: “tener un corazón capaz de amar, un corazón que puede conocer la ansiedad y el sufrimiento, que puede afligirse y conmoverse, es la característica más específica de la naturaleza humana”¹⁵.

Esta idea la intuyó muy bien Kierkegaard quien, al tener como “antecedentes” a San Agustín y a Pascal, ha entendido que el corazón es el símbolo de la interioridad humana por excelencia.

Por lo cual, a continuación, me propongo demostrar que su filosofía no es solamente una “filosofía de los estadios”, “un pensamiento teológico”, “una filosofía existencialista” así como se ha pensado durante mucho tiempo, sino que nos ofrece todas las herramientas discursivas para identificar en su pensamiento una verdadera *Philosophia Cordis* que es la vía para llegar a comprender el significado del amor de la fe, y la importancia de una vida auténtica como resultado de una elección con el corazón.

I. Corazón, verdad e interioridad

Dando continuidad a las ideas de Pascal¹⁶, y como crítico del pensamiento de Hegel, Kierkegaard entiende que la razón no es suficiente cuando se trata de comprender la existencia; es decir, la razón no puede responder a todas las inquietudes humanas. Kierkegaard se ha preocupado por el tema de la interioridad y de la verdad desde sus primeras reflexiones filosóficas apuntadas en el año 1835 en su *Diario*, en el cual relata la vivencia interior que tuvo en un lugar llamado Gilleleie, un pequeño puerto al norte de Copenhague. En este lugar, tiene un tipo de “revelación” muy importante

¹⁴ Max Scheler, *Ordo amoris*, Madrid: Caparrós Editores, 1996.

¹⁵ Von Hildebrand, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, España: Ed. Biblioteca Palabra, 2009, p. 15.

¹⁶ De hecho, Kierkegaard lee a Pascal en el año 1846 en una edición alemana, y hace referencia directa al filósofo francés, tanto en *Etapas en el camino de la vida* como en *¡Juzga por ti mismo!*

porque representa la génesis de su pensamiento, surgida como una respuesta que viene de su interioridad:

Lo que necesito es ver con claridad qué debo hacer y no qué debo conocer, a no ser en la medida en la que el conocimiento debe preceder cualquier acción. Se trata de entender mi destino, de ver lo que la divinidad quiere que haga. Lo que importa es encontrar la verdad por la cual querer vivir y morir¹⁷.

Este saber surge para Kierkegaard desde el corazón marcando, sin duda, su destino como escritor y trazando claramente el objetivo principal de toda su reflexión y escritura. Kierkegaard “apuesta” por la *Philosophia Cordis*, por este “centro” en el cual el espíritu se revela como verdad. Es por lo mismo que no crea un sistema de pensamiento y tampoco un método riguroso de conocimiento, ya que ningún sistema puede responder a la pregunta: “¿qué debe hacer un hombre en su vida?”.

Esta posición suya en una época deslumbrada, desde un punto de vista filosófico, por la figura de Hegel, fue escandalosa, pero hizo de él un pensador único, un filósofo preocupado por comprender la condición humana reflejada en aquel “individuo”, como personaje central de toda su escritura.

Convencido de que la existencia humana no cabe en un sistema de pensamiento, y convencido también de que la libertad, reflejada en la elección que nace en el *corazón*, es el eje principal de la vida humana, para Kierkegaard la realidad no puede ser una abstracción (como lo era para Hegel), sino algo que se vive; un devenir permanente que nos ayuda a moldear nuestra personalidad, y así madurar para poder elegirnos a nosotros mismos y vivir de manera auténtica. En otras palabras, la tarea de Kierkegaard es hacer que el ser humano recobre su conciencia singular. Esto es posible cuando la persona se asume desde el corazón, desde este centro vital entendido como el tesoro más importante del ser humano, como lo expresaba San Mateo (6:21): “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. Es en el corazón donde surge el amor que es esencial para la vida.

Es verdad que el filósofo danés dedica páginas enteras al tema de la fe y el amor y es su libro *Las obras del amor*, uno de los más conocidos en cuanto al estudio del amor, en el cual el filósofo fundamenta qué significa la ética cristiana. Afirma lo siguiente:

¹⁷ Søren Kierkegaard, *Los primeros diarios*, Vol. I (1834-1837), México: Universidad Iberoamericana, 2011, p. 80 (I A 75).

¿De dónde procede el amor?, ¿dónde tiene su origen y su manantial?, ¿dónde se encuentra ese lugar, su paradero, de donde brota? Sí, este lugar está celado o se encuentra en lo celado. En lo más íntimo de un ser humano, existe un lugar; de este lugar brota la vida del amor, porque *del corazón brota la vida*¹⁸.

Para Kierkegaard el amor brota de lo más profundo de nuestro ser que es el *corazón*, como se dice en los Proverbios (4, 23), y es el lazo que nos une a la vida y a Dios. Es este corazón el centro vital del hombre en el cual se oculta el secreto de nuestro ser que sólo es reconocible por sus frutos ya que el amor no ve, pero sí se puede reconocer cuando brota de lo más profundo del corazón humano. Afirma el filósofo: “Cuando el corazón rebosa, no has de ofenderlo con el callar, apretando los labios de forma envidiosa, altiva, mezquina para con el otro; deja que la boca hable de la abundancia del corazón”¹⁹. Dejar ir hacia el otro la abundancia del corazón es amarlo desde la verdad y así crecer en el amor junto con él.

Sólo mediante el amor el hombre puede edificarse (“El amor, en cambio edifica”²⁰) y para el filósofo danés, edificarse en el amor, crecer y formarse en el amor, no es algo que pertenece a alguien en particular, sino que, cada ser humano se puede edificar si hay amor en su corazón.

Para que el amor crezca en uno mismo, primero se tiene que “*asentar*”²¹/*formar el corazón*”. Entendemos que para Kierkegaard no es suficiente que se tenga un corazón (porque ya por nuestra constitución biológica, todo ser vivo tiene un corazón); entonces existe una diferencia de grado entre *tener* y *corazón* y *formar el corazón*. Como él mismo afirma:

Se afirma de ciertas plantas que deben formar un corazón. De la misma manera, también se puede decir del amor de una persona: si en verdad el amor es conocido por sus frutos debe, antes que nada, formar el corazón. Es cierto que el amor brota del corazón, pero no nos apresuremos en esto, olvidando la verdad eterna de que el amor forma el corazón²².

¹⁸ Søren Kierkegaard, *Las obras del amor*, Salamanca: Sígueme, 2006, p. 25.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 29.

²⁰ Cor. 8.1. *Ibíd.*, p. 253.

²¹ En la traducción al español de *Las obras del amor* (*Works of Love*), el traductor Demetrio G. Rivero usa el verbo “asentar”; sin embargo, en la edición en inglés existe el verbo “*to form*” (formar). Personalmente preferí en este caso hacer mi propia traducción del inglés de la misma cita, porque creo que es más propio usar la expresión “*formar el corazón*” que “asentar el corazón”.

²² Søren Kierkegaard, *Las obras del amor*, Salamanca: Sígueme, 2006, p. 29.

Formar el corazón significa cuidar del corazón, en el sentido de que hay que ver por nuestra vida interior porque allí está la fuente y el secreto de toda nuestra existencia. Kierkegaard sabía muy bien, que, a veces, en el mismo corazón el hombre siente muchas incertidumbres que desvían su camino, por eso “tener un corazón, por naturaleza, es infinitamente distinto de asentar el corazón en el sentido de la eternidad”²³. Por lo mismo, *formar el corazón* implica la capacidad de estar dispuesto a recibir la verdad de nuestra propia existencia; sólo así seremos capaces de amar y de hacer del amor el único deber por excelencia.

El filósofo danés estaba convencido de que el corazón no puede mentir porque es el centro del *ordo amoris*, siendo el símbolo de la vida e, implícito, de la verdad, así como lo expresa reiterando las palabras de Santiago, en uno de los *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, del año 1846, llamado *La pureza del corazón*: “Acérquense a Dios y Dios se acercará a ustedes. Purifiquen sus manos hombres pecadores, y purifiquen sus corazones, hombres de corazón dividido. (...) Si algunos de ustedes carecen de sabiduría, que le pida a Dios, pero que le pida con fe, no como un hombre con corazón dividido” (*La Epístola de Santiago*, 8)²⁴. A pesar de su complejidad, el *discurso* es en el fondo un ejercicio a través del cual Kierkegaard invita a su lector a mirar hacia sí mismo, hablar a sí mismo y consigo mismo para lograr que no viva con un corazón dividido.

Las preguntas que surgen son: ¿qué comprende Kierkegaard por la idea de que los hombres tienen un corazón dividido? Y ¿qué significa purificar el corazón?

Como antes mencionamos, el *Den Enkelte* (el Individuo), representa el punto central de su escritura, Kierkegaard siendo por excelencia el filósofo de la singularidad. Sin entrar mucho en detalles afirmamos que, para el filósofo danés, toda existencia humana está en un continuo devenir porque la existencia significa estar en el tiempo, lo que implica estar constantemente frente a nuevas posibilidades de elección. Afirma en este sentido: “Toda decisión, toda decisión esencial, encuentra su fundamento en la subjetividad”²⁵.

²³ *Ibíd.*, p. 30.

²⁴ Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, México: Universidad Iberoamericana, 2018, p. 30.

²⁵ Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*, México: Universidad Iberoamericana, 2008, p. 33.

Ningún ser humano real puede existir como un *yo puro*²⁶ porque entonces la existencia y el devenir serían una mera abstracción. “El hombre es un espíritu existente que se pregunta por la verdad”²⁷ y esta verdad pertenece a la interioridad, así como Kierkegaard mismo descubrió en su experiencia de Gilleleie. Se vive auténticamente desde la interioridad, desde este santuario sagrado donde late con fuerza el corazón, el *Verbo Cordis*, y donde no hay espacios para prejuicios o abstracciones; pero sí hay espacios para la pasión, para la fe, para la angustia y para el amor.

La constante preocupación de Kierkegaard fue concientizar sobre el peligro que representa el mundo y el autoengaño para la interioridad, como resultado de una falta de elección de sí mismo auténtica que surge de no querer conocer y asumir la verdad de la propia existencia. El peligro de la falta de conocimiento de la verdad existencial –subjetiva²⁸– es que uno empieza a pretender ser otra persona, ponerse una máscara mediante la cual no sólo engañará a los demás, sino se engañará a sí mismo y vivirá entregado a la multiplicidad. O, precisamente, para el filósofo danés, una vida auténtica es posible cuando el hombre busca despojarse a sí mismo de la multiplicidad; es decir, de todo aquello que divide su interioridad entre el deseo, el querer cosas efímeras que lo aleja totalmente de la conciencia de su propia singularidad que, en el fondo, es la conciencia de estar ante Dios.

El filósofo parte en su análisis de la idea que remite a la afirmación aristotélica de que el bien es la finalidad de cualquier acción; es decir, si un ser humano puede querer una cosa en esta vida, entonces él debe querer el bien; pero, ¿qué significa este bien?

Para Kierkegaard llegar a este mundo y vivir mediante la inercia, sin asumirse en lo que uno es, significa que rechazamos llegar a ser personas; es decir, seres singulares que viven sus vidas desde sus propias decisiones.

Ante esta idea, las preguntas que surgen no se pueden esquivar: ¿cuántas veces hemos dejado de ser nosotros mismos, cuando hemos dejado de elegir

²⁶ Kierkegaard es un crítico de la abstracción lógica; por lo mismo mediante el concepto de individuo, singularidad y elección, revierte el sentido de la subjetividad abstracta cuya tradición empieza con Descartes y culmina con el Idealismo alemán.

²⁷ Søren Kierkegaard, *Postscriptum*, p. 193.

²⁸ Siempre se ha malinterpretado el tema de la verdad en Kierkegaard al hablar de una “verdad subjetiva” que no implica la negación de la verdad eterna (objetiva); sólo que ésta última se puede conocer cuando el hombre la vive personalmente, de manera subjetiva. Es precisamente por eso que Kierkegaard no es relativista. Al contrario, para él la verdad es sólo una y esta es la verdad eterna, objetiva, pero que se revela al hombre como paradoja; es la verdad subjetiva que se revela a la subjetividad; es decir, a la interioridad.

aquello que de corazón queríamos ser o hacer? ¿cuántas veces no hemos renunciado a hacer algo, por satisfacer a otros –familia, amigos, entonos diversos– o satisfacer nuestro propio ego, que es la proyección egoísta de una falsa imagen que sacamos hacia fuera para ser aceptados por los demás? En otras palabras ¿cuántas veces nos hemos dejado arrastrar por el engaño y un falso compromiso con el mundo, viviendo con un corazón dividido?

En relación a nuestro *modus vivendi*, Kierkegaard nos presenta las características de un hombre con un corazón dividido: 1. Es el hombre que hace el bien sólo para recibir recompensas inmediatas; 2. Es el que quiere el bien por temor a algún castigo; 3. Es el que desea de manera ideática hacer el bien y no lo hace; 4. Es el hombre que hace lo que en realidad no quiere hacer; 5. Es también el hombre que busca hacer el bien sólo para triunfar sintiéndose “el elegido”, “el especial”; 6. Es el hombre que no tiene paciencia; 7. Es el hombre dispuesto a sacrificar todo en el nombre del “bien”, menos a sí mismo; 8. El corazón dividido también es la debilidad. De dónde resulta que un hombre con corazón dividido “quiere el bien con una especie de sinceridad, pero sólo hasta cierto grado”²⁹.

Aun así, no cualquier tipo de intención, no cualquier querer es el querer el bien (sobre todo, cuando este bien está en relación a cosas efímeras, superfluas y con la multiplicidad). Querer el bien significa querer una sola cosa en la verdad de la intimidad del ser. Dicho de otro modo, este bien no es algo que se pueda confundir con la multiplicidad de las cosas y de los objetivos que uno desea alcanzar en la vida. Afirma Kierkegaard: “El que quiere algo que no es el bien, de hecho, no está queriendo una cosa; pensar que él quiere una cosa es una ilusión, una apariencia, un autoengaño porque en su más íntimo ser él es, ha de ser, un corazón dividido”³⁰.

Cuando el ser humano proyecta ciertos propósitos que quiere “cumplir” o “satisfacer” en su vida, está claro que estos propósitos están creados en función de la inmediatez, de la multiplicidad, de lo que es común y general para todos seres humanos. Por ejemplo: “estudiar”, “tener trabajo”, “tener familia”, etcétera. Pero, como bien cuestiona Kierkegaard, la idea no es cumplir objetivos, sino buscar aquello que define la esencia, la intimidad del ser de cada uno. Afirma en este sentido: “La eternidad no pregunta si tú criaste a tus hijos al modo como viste a otros hacerlos, sino te pregunta, en cuanto individuo, cómo criaste *tú* a tus hijos”³¹.

²⁹ Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, p. 83.

³⁰ *Ibíd.*, p. 30.

³¹ *Ibíd.*, p. 135.

Entonces la exigencia es que cada uno se asuma en su vida como un individuo singular frente a Dios para no tener el corazón dividido, no ser un hombre fragmentado, roto en la interioridad, inestable en sus decisiones, nunca satisfecho con nada; un hombre que prefiere renunciar a su singularidad, a su autenticidad para otros y, entonces, lo único que gana es “una ciega multitud”³². Afirmar el filósofo:

Lograr algo en el mundo; hay tanta habladuría impaciente y engañosa sobre esto. Es bueno que todos quieran lograr algo. En efecto, querer esto es seriedad, pero ¿no sería también seriedad precisamente entenderse a uno mismo y a la vida con respecto a lo que significa lograr tan extraordinariamente tanto o en apariencia no lograr nada en absoluto?³³.

Esto es equivalente a la cuestión que Kierkegaard plantea en otro de sus escritos cuando afirma, citando las Sagradas Escrituras, “¿Qué aprovecha a un hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?”³⁴. Es decir, el hombre que sólo busca la confirmación de lo temporal, sin considerar lo eterno –que es su relación con Dios que lo fundamenta y lo hace ser espíritu–, lo único que tiene es un corazón dividido.

Para que el bien sea posible se necesita la renuncia a la multiplicidad del mundo. La renuncia implica sufrimiento. No se trata de ninguna actitud pesimista ante la vida, y tampoco se trata de sufrir por no cumplir un deseo; sino se trata de entender que, a veces, la elección de uno mismo, en su valor eterno, implica la renuncia a la inmediatez, a lo temporal. Resulta que el bien tiene que ver con la interioridad, con una transformación eterna en relación a Dios, que se da solamente en la elección y en el encuentro del hombre con la verdad revelada que es para él.

En este proceso, para el filósofo danés el corazón juega un papel fundamental, porque implica una *transformación del corazón* que es un movimiento interno en el cual lo temporal y la inmediatez se dejan transformar por la verdad. Y es, a la vez, la más difícil tarea humana. Para esto se necesita honestidad de la interioridad, se necesita servir al bien de manera incondicional en la acción, y se necesita del compromiso y de la paciencia. El bien no es un objeto, no es el “oro que se puede comprar”, como diría el filósofo danés; el bien es la interioridad que siempre pide sinceridad.

³² *Ibíd.*, p. 93.

³³ *Ibíd.*, p. 93.

³⁴ Søren Kierkegaard, *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II* (“El equilibrio entre lo estético y lo ético”), Madrid: Trotta, 2007, p. 199.

Con esta idea, y citando al *Eclesiastés*, Kierkegaard está convencido de que “el corazón puede cambiar para mejorar”³⁵, pero esto depende de la elección de uno mismo, de la disposición que se tiene para lograr un recogimiento, de una honesta confesión ante sí mismo en silencio para escuchar la propia conciencia como individuo singular.

Sólo así es posible el movimiento del corazón, su transformación, ya que: “el movimiento interior del corazón es profundizar en la interioridad”³⁶ mediante la paciencia y el silencio. La pureza del corazón se logra entonces mediante esta ejercitación del individuo de profundizar en la interioridad. Afirma:

Pureza del corazón es una figura retórica que compara el corazón con el mar y ¿por qué sólo a este? Simplemente por la razón de que la profundidad del mar determina su pureza y su pureza determina su transparencia. Ya que el mar es puro solamente cuando es mucho más profundo y es transparente sólo cuando es puro (...). Es por eso que comparamos el corazón con el mar, porque la pureza del mar reside en su constancia de la profundidad y la transparencia³⁷.

En esta bella similitud de la pureza del corazón con la pureza del mar, Kierkegaard quiere enfatizar que mientras más profundo nos adentremos, más cerca estamos de la verdad, y más purificamos nuestros corazones.

De otra manera, lo único que se vive es el engaño y lo más terrible, como advierte el filósofo, es continuar viviendo engañados. Por esto cita a Juan 4, 24: “Un hombre no puede engañosa e insinuantemente mantenerse cerca de Dios con la lengua mientras su corazón está alejado”³⁸.

Kierkegaard nos deja entender que el mejor bien es comprender que no necesitamos tener muchas cosas y tampoco hacer cosas extraordinarias buscando recompensas, sino sólo necesitamos vivir en relación con la verdad que es para cada uno en su singularidad, como un mensaje de lo eterno en el hombre.

³⁵ *Eclesiastés* 7,3.

³⁶ Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, p. 158.

³⁷ Søren Kierkegaard, *The Purity of Heart*, New York: Harper & Ro Publisher, 1956, p. 176 (Mi traducción).

³⁸ Cfr. Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, p. 126.

II. Corazón, silencio y fe

Hemos visto que la *transformación de corazón*, su verdadera pureza, implica un ejercicio de silencio y de recogimiento en sí mismo, para así poder uno elegirse como individuo singular ante Dios. En el escrito *La repetición*, Kierkegaard afirmaba que “sólo el que guarda silencio podrá llegar a algo en su vida”³⁹. Para el filósofo, el que guarda silencio, es el que vive con intensidad un adentramiento en sí mismo y una comunicación con Dios.

Consideramos así que, para Kierkegaard, conceptos como corazón, silencio, interioridad y fe están unidos ya que se implican recíprocamente en este camino que el hombre tiene que recorrer para lograr una auténtica transformación de sí mismo como individuo singular ante Dios.

El filósofo danés, elige a Abraham como uno de los prototipos del hombre singular en el cual podemos ver lo que se llama un “regreso al corazón”. Recordamos que, en el escrito *Temor y temblor*, Kierkegaard, mediante el seudónimo Johannes de Silentio, quiere demostrar el significado de la fe a través de la historia de Abraham en un ejercicio de contemporaneidad, ironizando la postura soberbia de Hegel, quien sostenía que la fe, como forma de conocimiento inmediato, debe ser superada por la filosofía.

La tarea de Kierkegaard no es fácil, pero parte de una certeza: de que tener fe es una tarea que dura toda la vida, es un combate, a veces desgastante, que “arroja al hombre para fortalecerlo a esta aniquilación que no sabe de imposturas”⁴⁰. Tener fe no es una cuestión de días o semanas, es un compromiso total. Y es Abraham el que nos enseña este combate, porque en él, la fe pertenece a la interioridad allí donde descansa, como diría San Agustín, Dios. La fe nace en el *corazón* y no como resultado del razonamiento. Cuando escucha el corazón, Abraham está listo para llevar a cabo la tarea de Dios tiene para sí.

Armado con el silencio, Abraham sabe escuchar. ¿Y qué es lo que escucha? Que está llamado a una acción paradójica, llena de posibilidades e incertidumbres que exigen salir del mundo de la multiplicidad para así sucumbir en lo más profundo, allí donde el latido del corazón se hace palabra: la Palabra de Dios. Este último exige a Abraham sacrificar a su hijo, Isaac. Y Abraham elige seguir esta Palabra de Dios. Así, entre Abraham y

³⁹ Søren Kierkegaard, *La repetición*, Madrid: Ed. Guadarama, 1976, p. 154.

⁴⁰ Søren Kierkegaard, *Discursos edificantes. Tres discursos para ocasiones supuestas*, Madrid: Ed. Trotta, 2010, p. 304.

Dios, surge una relación de singularidad, una confidencia mutua, secreta e incommunicable, pero viva.

Cuando Abraham decide seguir la palabra de Dios (*Verbo Cordis*) él no sabe hacia dónde va, no necesita un saber previo⁴¹. Sigue su corazón, aunque con mucha angustia:

Abraham calla...no puede hablar; es ahí donde residen la angustia y la miseria (...). Abraham puede decir ahora las cosas más hermosas que es dado expresar por medio de una lengua, acerca de cuánto ama a Isaac. Pero no es esto lo que ocupa su corazón, sino algo más profundo: el estar dispuesto a sacrificar a su hijo porque es una prueba (...)⁴².

Abraham ama mucho a su hijo, pero hay una prueba que le exige un amor todavía más grande que no puede ser comunicado. Y, como bien afirma Michael Strawser, en este sentido podemos preguntarnos “¿si este amor hacia Dios tiene que quedar mudo, es decir, en silencio? ¿Existe esta negatividad en el amor que carece de las palabras para comunicarse?”⁴³

La negatividad que exige el amor está en el hecho de que ante los seres que ama (su esposa, su propio hijo o su comunidad) Abraham tiene que callar. Es allí donde humanamente hablando es difícil entender a Abraham; pero él mismo sí entiende que el amor a Dios exige silencio que representa para los demás la negatividad.

A pesar de esta valentía que muestra, Abraham está lleno de angustia. Pero ama a Dios más que a su hijo y a pesar de la angustia tiene fe; una fe en virtud del absurdo que sólo la entiende él que está dispuesto a escuchar su corazón como el único lugar donde se escucha la verdad, como decía San Agustín.

Guiado por el corazón, Abraham se vuelve para lo mundano con su pensar común, un loco o un criminal, porque rompe con lo establecido, con lo general aceptado por el pensar común y va contra ello; por eso, “no puede en absoluto hacerse comprender por los hombres”⁴⁴. Para Abraham, el único deber que existe es la voluntad de Dios; y una vez entendido este deber Abraham decide guardar silencio.

⁴¹ Cfr. Lev Shestov, *Kierkegaard and the Existential Philosophy*, USA: Ohio University Press, 1969, p. 15.

⁴² Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, Madrid: Técnos, 1998, pp. 96-98.

⁴³ Michael Strawser, *Kierkegaard and the Philosophy of Love*, USA: Lexington Books, 2015, p. 115.

⁴⁴ Søren Kierkegaard, *Temor y temblor*, p. 47.

Con esto, Kierkegaard revierte el sentido de toda ética como generalidad, criticando sutilmente el tema del deber kantiano. Es por lo mismo que habla de una “suspensión teleológica de lo ético”. Kierkegaard no habla de una “ética subjetivista”; así como no descarta una propuesta ética. Al contrario, Kierkegaard nos enseña, mediante Abraham, el sentido de una ética asumida de manera particular; es decir que en su generalidad tiene sentido sólo como particularidad. Como diría Kierkegaard, sólo el particular (el individuo) puede entender el deber que es para él, mientras que lo general (la multitud) entiende el deber para todos en abstracto.

Esta propuesta kierkegaardiana sigue provocando mucha incomodidad a la hora de comprender el hecho de que la ética, si no se vive subjetivamente, desde el corazón; es decir, si no se asume desde la interioridad, queda reducida a unas cuantas reglas de manual que no nos ayudan vivir con compromiso y responsabilidad, es decir auténticamente y de manera singular nuestra vida.

Kierkegaard entendió muy bien que el deber tiene que estar en relación con la interioridad y por eso no es un “deber privado” sino es el resultado de una relación personal de la acción misma que se lleva a cabo. Se trata de un deber cuya verdad no se aprende de los “tratados de filosofía”, sino en la transformación que esta verdad provoca en la persona humana. Es decir, esta verdad exige una *transformación del corazón*, como hemos mencionado anteriormente.

Como para Pascal, para Kierkegaard la filosofía –es decir, la filosofía reducida a un sinfín de métodos o con pretensiones de comprenderlo todo– no puede enseñarnos el deber, así como tampoco darnos la fe; sobre todo, porque la fe es una pasión que se vive en el momento en el cual el hombre está decidido a entregarse a la posibilidad a la cual está llamado a llevar a cabo por su realidad misma.

El hombre puede vivir religiosamente sólo desde la interioridad, porque es ahí donde puede escuchar el silencio de Dios. Así es como lo escucha Abraham, el caballero de la fe; lo escucha porque ama a Dios; por eso Abraham, como Cristo, representa la paradoja que enmudece la razón y calla el lenguaje. El silencio de Abraham es imponente e incommunicable, porque la fe no necesita de justificaciones, de explicaciones o de argumentos; la fe lo único que necesita es del silencio, porque sólo así, el absurdo empieza a tener sentido. La fe no se mide, no se compara, no se juzga porque no es un conocimiento; es la pasión, como bien afirma otro seudónimo Johannes Climacus, criticando el pensamiento especulativo que tiene la ilusión de

haber comprendido todo. La fe es imposible sin la pasión, por eso afirma Climacus, “si se hace a un lado la pasión, la fe deja de existir”⁴⁵.

La fe es un acto de libertad y la certeza de que existe libertad, de que la existencia del hombre es un proceso dinámico dentro del cual este se transforma y deviene espíritu; es decir, toma conciencia de sí mismo y de su condición.

Kierkegaard quiere ayudar al hombre para asumirse en la contradicción de la existencia; por lo mismo, como hemos tratado de argumentar, el *ethos* kierkegaardiano está guiado por el corazón. ¡El que se pierde por el sendero es siempre el que no escucha su corazón! Por lo que, en la esfera ética, como diría también Von Hildebrand, el corazón tiene el carácter de una última palabra válida. “Aquí la voz de nuestro centro espiritual libre cuenta, sobre todo. (...) Es el corazón la parte más íntima de la persona, el núcleo, el yo real, más que la voluntad o el intelecto. Esto es así en el reino del amor humano. . .”⁴⁶.

III. “La lógica del corazón”

Como Pascal y San Agustín, Kierkegaard llegó a la conclusión de que todo lo real acontece en el corazón. Si para Pascal la razón era limitada e incapaz de comprender la verdad última, también para Kierkegaard la objetividad es incapaz de justificar la existencia porque existencia significa vivir y su símbolo es el *corazón*.

Vivir significa tener pasión, elegir, dar el salto, en una palabra, angustia y fe; temor y temblor y ¿cómo podrá la razón justificar la angustia objetivamente? Como Pascal, Kierkegaard insiste en lo absurdo que es la prueba metafísica para la existencia de Dios y, así como lo expresa el seudónimo Johannes Climacus en *Migajas filosóficas*, semejante prueba no puede ser sino un capricho.

Con un arte polémico y con mucha ironía, Kierkegaard crítica la lógica argumentativa de la existencia de Dios. Lo que hace temblar a la razón es la paradoja porque “es la pasión del pensamiento y el pensador sin paradoja es como el amante sin pasión: un mediocre modelo”⁴⁷.

⁴⁵ Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo*, p. 30.

⁴⁶ Von Hildebrand, *The Heart*, p. 67.

⁴⁷ Søren Kierkegaard, *Migajas filosóficas*, Madrid: Ed. Trotta, 2007, p. 51.

Aunque la idea de “corazón” parece estar en total oposición con la indagación lógica⁴⁸, Kierkegaard demuestra que la razón es incapaz de comprender la paradoja de la existencia, aun así, no la rechaza, pero comprende el hecho de que cuando se trata de acercarse al principio fundamental que sostiene la existencia del hombre, es decir a Dios, la razón se auto-limita.

Kierkegaard opone a la razón la pasión y argumenta que la demostración siempre será algo conceptual y, en el fondo no se demuestra nada, ya que se parte de un punto y se llega al mismo. Afirma: “no demuestro, por ejemplo, que existe una piedra, sino que algo que existe es una piedra. El tribunal no demuestra que existe un delincuente, sino que demuestra que el acusado, que existe, es un delincuente”⁴⁹. Por lo cual, para Kierkegaard es absurdo partir de la idea de que Dios no existe, para lograr demostrar su existencia, esto sería una contradicción en la esfera de la existencia ya que si no existiera será imposible demostrarlo. La demostración es una determinación conceptual y nada más. Pero con este juego de conceptos, no se demuestra nada. “La razón ha llegado a tener a Dios lo más cerca posible, y sin embargo está igualmente lejos”⁵⁰.

El problema de la razón, sostiene Kierkegaard, es que confunde la autoconciencia con lo que es diferente a esta misma. Recordamos que el mismo Hegel, hablaba de la identidad absoluta entre lo real y lo racional, es por eso que lo desconocido no existe, en el sentido de que lo diferente es idéntico a la autoconciencia. Entonces, el error de la razón consiste en confundir lo diferente con la igualdad (autoconciencia). “El hombre antes de llegar a saber algo en verdad sobre lo desconocido (Dios), debe saber que es diferente de él, absolutamente diferente de él”⁵¹.

Dios no puede ser objetivado, no puede ser pensado como un objeto, sino que rompe toda estructura lógica, toda objetivación para así poder dar lugar no a un objeto sino a la presencia, a la presencia del otro. Y, para llevar a su extremo la argumentación contra la limitación de la razón, Kierkegaard elige a Job como símbolo de la prueba, del sufrimiento humano porque “en el interior del sufrimiento religioso se encuentra la categoría de la prueba espiritual [*Anfaegtelse*], y únicamente ahí puede ser definida”⁵². Job es el ser

⁴⁸ Y no extraña que por lo mismo se ha etiquetado a Kierkegaard como un pensador “irracionalista”.

⁴⁹ Søren Kierkegaard, *Migajas filosóficas*, p. 54.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 58.

⁵¹ *Ibíd.*, p. 58.

⁵² Søren Kierkegaard, *Postscriptum no científico y definitivo*, p. 461.

humano que vive su condición contradictoria. Por eso frente a la desgracia, Job se enfrenta a Dios; pero elige renunciar a la razón para entregarse a la fe.

La actitud de Job nos recuerda la famosa apuesta de Pascal que de ninguna manera representa un argumento para la existencia de Dios⁵³, al contrario, la apuesta es una apuesta de la fe y se dirige a los que viven la incertidumbre, como el mismo Job y como todos los seres humanos. La apuesta es una tentación e implica un riesgo y una decisión que sobrepasa cualquier cálculo racional; es un salto sobre el abismo, un salto radical que no trae la certeza, pero sí nos hace responsables y nos ayuda a sobrepasar la ambigüedad de nuestro razonamiento. Sin salto no hay fe, porque sin saber lo que nos espera, seguimos nuestro corazón, lo escuchamos.

Esta actitud de combate contra la lógica, tiene su raíz en el profundo silencio interior mediante el cual el hombre es capaz de escuchar el latido sagrado del corazón y en el cual se siente siempre la presencia de un Dios Vivo.

IV. Conclusiones

Aunque Kierkegaard no es el autor de un tratado sobre “el corazón”, no cabe duda de que el corazón es un “protagonista” discreto, pero muy presente, dentro de su escritura. Como un pensador existencial y como un pensador preocupado no por argumentar la estructura lógica de la existencia, sino por escuchar el latido del corazón de la vida misma, Kierkegaard entendió muy bien que la razón, aunque tiene sus virtudes, no lo es todo; y que más allá de un conocimiento racional de la realidad, existe un percibir, un latido de la interioridad que ofrece una apertura del conocer más allá de los límites de la racionalidad. Prefiere agonizar, prefiere engañarse, prefiere luchar contra las evidencias establecidas, pero elige el camino del corazón que es uno sinuoso y difícil. Igual que Pascal o San Agustín, Kierkegaard propone un “regreso al corazón” como el único camino que recuerda al hombre su existencia, su condición finita y su posición ante Dios.

Apostando por el corazón, Kierkegaard derrumbó toda la construcción de la filosofía especulativa fundamentada en la razón ya que llega a comprender que no se necesitan racionales para comprender que Dios

⁵³ En este sentido, afirma también Peter Kreeft: “No es una alternativa a los argumentos tradicionales para la existencia de Dios”. Peter Kreeft, *Christianity for Modern Pagans. Pascal's Pensées*, San Francisco: Ignatius Press, 1993, p. 291.

existe o para poder amar. Con esto, nos recuerda que hay un peligro en la intención de absolutizar la razón, y con esto el cientificismo, olvidando que lo esencial de la vida misma no es jamás objetivable y que el auténtico pensar siempre es el pesar con el corazón.

Bibliografía

Obras de Kierkegaard

Kierkegaard, Søren, *Los primeros diarios*, Vol. I (1834-1837), trad. María J. Binetti, México: Universidad Iberoamericana, 2011.

— *Las obras del amor*, trad. Demetrio G. Rivero, Salamanca: Sígueme, 2006.

— *Discursos edificantes para diversos estados de ánimo*, trad. Leticia Valadez, México: Universidad Iberoamericana, 2018.

— *O lo uno o lo otro. Un fragmento de vida II* (El equilibrio entre lo estético y lo ético), trad. Darío González, Madrid: Trotta, 2007.

— *Works of Love*, Princeton: Princeton University Press, 1995.

— *The Purity of Heart*, New York: Harper & Ro Publisher, 1956.

— *La repetición*, trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Madrid: Ed. Guadarama, 1976.

— *Discursos edificantes. Tres discursos para ocasiones supuestas*, trad. Darío González, Madrid: Ed. Trotta, 2010.

— *Temor y temblor*, trad. Vicente Simón Merchán, Madrid: Técnos, 1998.

— *Postscriptum no científico y definitivo a Migajas filosóficas*, trad. F. Nassim Bravo Jordán, México: Universidad Iberoamericana, 2008.

— *Migajas filosóficas o un poco de filosofía*, trad. Rafael Larrañeta, Madrid: Ed. Trotta, 2007.

Otras obras citadas

Guardini, Romano, *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, trad. Ramón Garriga, Buenos Aires: Emecce Editores SA., 1955.

Kreeft, Peter, *Christianity for Modern Pagans. Pascal's Pensées*, San Francisco: Ignatius Press, 1993.

Pascal, Blaise, *Pensamientos*, Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1971.

San Agustín, *Confesiones*. Libro IV.12, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997.

Scheler, Max, *Ordo amoris*, trad. Xavir Zubiri, Madrid: Caparrós Editores, 1996.

Shestov, Lev, *Kierkegaard and the Existential Philosophy*, USA: Ohio University Press, 1969.

Strawser, Michael, *Kierkegaard and the Philosophy of Love*, USA: Lexington Books, 2015.

Von Hildebrand, Dietrich, *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, trad. Juan Manuel Burgos, España: Ed. Biblioteca Palabra, 2009.

——— *The Heart: An Analysis of Human and Divine Affectivity*, Indiana: St. Augustine's Press: 2007.